

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“Señor Jesucristo que haces Tu morada entre nosotros en la Eucaristía y te conviertes en nuestro compañero de viaje, sostén a nuestras comunidades cristianas para que estén cada vez más abiertas para escuchar y aceptar Tu palabra. Que la Eucaristía los lleve a renovar el compromiso de difundir en la sociedad, por la proclamación de Tu Evangelio, los signos y obras de una caridad atenta y activa.”

—Juan Pablo II



¡Míralo, ahí está...!

Durante largo tiempo, el párroco de Moncada, España, había celebrado la Misa sin escrúpulos de conciencia, cuando de repente fue víctima de una violenta duda en cuando a la validez de su ordenación y por tanto, si realmente podía ofrecer el Santo Sacrificio. En medio de su angustia y para aclarar sus dudas, él decidió poner su caso en manos de su obispo. Inmediatamente inició el viaje hacia Valencia, sede de la diócesis. En este lugar Dios Todopoderoso quiso liberarlo de su conflicto y darle luz y paz por medio de un milagro muy particular.

El obispo le mandó que celebrara las tres Misas de la Navidad. Llegó el temido momento de la Consagración. Con manos temblorosas tomó la forma y pronunció las palabras de la transubstanciación con voz entrecortada. Después de elevar la Hostia Sagrada y arrodillarse en vacilante adoración, el grito de un pequeño de cinco años se oyó entre la congregación: "Oh, mamita, qué niño tan hermoso! ¡Míralo ahí, mamá, está sobre el altar!"

El niño olvidó todo convencionalismo y se subió a la banca y comenzó a aplaudir con alegría. La madre del pequeño se sintió apenada y le pidió que guardara silencio porque nadie más había tenido esa bella visión—sólo el niño inocente la vio cuando la Hostia

Santa fue elevada. Pero una y otra vez el chiquillo le insistió a su madre que mirara: "Es tan hermoso el niño, mamá", susurró él, "igualito al bebé que está en el pesebre". La madre y el niño se esperaron a escuchar la segunda Misa que fue celebrada por el mismo sacerdote a media



noche. Y de nuevo, durante la Elevación, el ni-

ño exclamó: "Mira mamita, ahí está otra vez. ¿No lo vez? El sacerdote lo tiene en sus manos y ahora lo ha puesto en el altar!" La madre pidió a su hijo que se quedara callado; ella no veía nada, la gracia sólo estaba siendo concedida a su pequeño.

El sacerdote terminó su ofrenda de Navidad celebrando la Misa de la aurora. Y en la Elevación, se repitió la escena: el pequeño no cabía de gozo al ver una vez más al Divino Niño. La feliz mamá repitió este extraño suceso a otros y fue a través de ellos que la noticia llegó a oídos del sacerdote, quien debió sentirse grandemente confortado por la noticia. Sin embargo, no logró desechar totalmente sus escrúpulos. Ahora pensó que quizá el niño se había engañado. Por eso pidió examinar al pequeño personalmente. Pero sus respuestas fueron tan acertadas que no tenía motivos para seguir dudando de la realidad de la manifestación. Lleno de alegría y de gratitud hacia Dios, él invitó al pequeño y a su madre para que estuvieran presentes en su Misa y en cada una de esas ocasiones se repitió el milagro.

Como persistían las dudas en su mente, decidió recibir una prueba definitiva. Llevando con él tres hostias pequeñas al altar, colocó dos sobre la pantena encima del corporal y las consagró, dejando a su alcance la tercera hostia sin consagrar.

Al termino de la Santa Misa llamó al niño al altar, y le preguntó si veía al Divino Niño en cualquiera de las hostias y, en caso afirmativo, donde. "¡Oh, sí, padre!", dijo el niño, "¡Ahí está!", señaló estirando sus manos hacia las Hostias consagradas. El pequeño parecía arrebatado de gozo. El sacerdote apuntó entonces a la hostia no consagrada y preguntó: "¿Y ahí? ¿El Divino Niño también esta en esta otra hostia?" El niño respondió: "No". "¿Pero estás seguro?" insistió el sacerdote. "Oh, sí, padre, ahí no hay nada." Ante esta ultima respuesta, la paz regresó al buen sacerdote. El malestar y los escrúpulos desaparecieron para siempre de su mente y

sirvió a Dios el resto de su vida con mas amor y piedad.

ME DUELE MUCHO

Me duele mucho cuando veo comunidades cristianas sin la Eucaristía. Pero más me duele cuando no se valora la presencia de Cristo Eucaristía; cuando se vive apocas cuadras de un templo sin tener conciencia de Jesús Eucaristía en el Sagrario... en la Santa Misa. Cuando cualquier excusa sirve para postergar una Misa. Me duele al ver gente que se distrae o se aburre en la Misa, o cuando se está conversando mientras pasa algo tan importante. También me duele cuando las celebraciones no se preparan convenientemente, cuando se celebra la Santa Misa a las corridas, cuando se la vive con “piloto” automático.

Me duele ver tantas Misas con templos casi vacíos, y sin jóvenes... Pero mucho más me duele cuando me pregunto a mí mismo: “¿Por qué?” Porque me siento involucrado, cuestionándome: “¿Hasta dónde me he dado todo para que algunos de los individuos que he descrito descubra la presencia de Cristo en la Eucaristía?”

Antes de partir Jesús en su Ascensión nos dijo: “Yo estaré con ustedes siempre...” Lo cumplió, de muchos modos (en la Palabra, en los Ministros, en los hermanos necesitados, en la comunidad reunida en su nombre, en el matrimonio, etc.), pero por sobre todo, en la Eucaristía.

En cada Eucaristía Jesús es el Emanuel—Dios con nosotros. ¡Qué dicha tan grande tener a Jesús en cada celebración de la Santa Misa! De este modo comparte nuestras penas y alegrías, nos alienta y acompaña en nuestro, no fácil, peregrinar.

La Presencia Real de Cristo en la Eucaristía es el regalo más grande que nos hizo Dios. La Misa es lo más importante que podemos “hacer” los cristianos. Dios con nosotros, no de modo simbólico, sino con todo Su Ser. Esto no lo tienen los musulmanes, ni los judíos, ni los budistas. Esto es para caer de rodillas, adorar, agradecer, corresponder y salir a compartirlo con aquellos que no lo tienen.

La presencia de Cristo en la Eucaristía no es meramente simbólica, como puede ser una foto o un retrato, ni es algo que se pueda reproducir como la voz de un cantante difunto. Es una presencia viva, verdadera, real y substancial.

Allí está todo Cristo. Es el mismo que compartió tantas experiencias de vida entre nosotros: el que ve la luz surgiendo de las entrañas de María, Su Madre; el “travieso” que se perdió en el templo; el que en la Sinagoga dijo “hoy se ha cumplido”; el que llamó a la conversión exclamando “el Reino de Dios está cerca”; el que se en-



Señor Jesús, te damos gracias por que te has quedado entre nosotros, especialmente en las sencillas especies de pan y de vino.

Podrías haber elegido una presencia más impactante, suntuosa, en diamante u oro, simplemente elegiste el camino de lo humilde, del servicio, de la donación. Gracias por acompañarnos y alimentarnos durante este largo, difícil y riesgoso peregrinar.

Danos la gracia de valorarte profundamente en tu Presencia Eucarística. Que logremos la experiencia del encuentro. Sabemos que nos esperas, queremos encontrarte. Amén.

contró con la Samaritana; el que perdonó a la pecadora; el que compartió con María, Marta y Lázaro; el que dijo “levántate y camina”; el que murió en la cruz diciendo “Padre, perdónalos...”; el que resucitó al tercer día; el que preguntó “muchachos tienen algo que comer”; el mismo que interrogó a Pedro “¿me amas?”. Es el mismo que vive junto al Padre. Es quien en cada Eucaristía nos dice: “Aquí estoy. Cómeme”

Es por esto que a una Hostia consagrada se la trata con tanto cuidado. ¡Es una Persona! ¡Es Cristo! Por eso comulgamos con Él, lo adoramos, lo visitamos en el Sagrario, lo llevamos en procesión.

En cada Eucaristía, el Padre vuelve a decir: “Éste es mi Hijo muy amado. Escúchenlo”. ¿Por qué algunos hacen tanto sacrificio por llegar a una Eucaristía y otros, teniendo todo “servido” no la aprovechan? Es una cuestión de fe. La fe es la capacidad de ver como con los ojos de Dios. Sin fe, con visión meramente humana, no se puede penetrar más allá de lo empírico.

Muchos en la Iglesia han muerto por defender la Eucaristía, por participar e la Santa Misa, por llevar la Eucaristía a un enfermo o a la cárcel. ¿Y... nosotros? Es una cuestión de fe. Sin Eucaristía la fe no se alimenta ni se fortalece. Sin la Eucaristía es imposible la vida cristiana.

La maravilla de la Eucaristía. ¿Quién puede develar semejante misterio, maravilla? Que descubramos desde la Eucaristía la grandeza del ser cristiano. Que la próxima Eucaristía sea el inicio de un proceso de encuentro real con Cristo. Cristo nos espera... no para pedirnos, sino para donarse nuevamente a nosotros.

-Padre Ricardo E. Facci